

Discurso de graduación. Facultad de Agronomía, UBA. 28 de abril de 2014

Queridos graduados, ¡felicitaciones!

Esto va a llevar 12 minutos. Piensen en los cientos de horas de clase que los trajeron hasta acá. Tomen esto como los últimos 12 minutos de clase.

Seguramente vean las cosas distintas ahora. Vean más lejos, más profundo, más claro. Como cuando después de ascender una cuesta nos damos vuelta para mirar el paisaje y ganamos inmensamente en perspectiva sin haber perdido demasiado detalle. Ustedes han llegado a esa altura con un gran esfuerzo. Treparon y treparon y ahora tienen la merecida satisfacción de haberlo logrado.

Pero seguramente deben sentir que no llegaron a estas alturas solos. Desde hace cientos de años, muchas personas que por primera vez llegaron a ver algo con mucha claridad han reflexionado que no llegaron allí por mérito propio. Y repetidamente han usado la frase: “parado sobre hombros de gigantes”.

Al terminar la carrera, ustedes ven más claro y más lejos porque han logrado pararse sobre hombros de gigantes. Y debe valorarse un triple mérito: el de ustedes por haber trepado hasta allí, el de los gigantes por sostenerlos tan alto y el de muchas personas por haberlos ayudado a trepar. El mérito es de ustedes porque los gigantes no los subieron a caballito precisamente. Son escarpados, resbaladizos, difíciles de trepar. El mérito es también de los gigantes, porque con años de creatividad y esfuerzo fueron construyendo la base del conocimiento sobre el que ustedes ahora pueden ver con más claridad. Y el mérito es también de tantos que los ayudaron a trepar: familia, amigos, argentinos que pagaron para que esta facultad funcionara durante estos años y durante 100 años antes.

Ahora, ya recibidos, deben aprovechar esas alturas para aplicarse rápidamente a la acción y modificar la realidad.

Pero entre tanta alegría y agradecimiento, hay una nota desagradable, incómoda, sobre la que debo advertirles. En esta ceremonia, ustedes están contrayendo una enfermedad del sueño, la famosa pesadilla de la materia adeudada. Puede tomar mil formas, pero en esencia, en la pesadilla ustedes creen que están recibidos, pero alguien o algo les hace notar que les falta una materia. No teman, por lo general desaparece en menos de un año.

En esta charla voy a usar la patología de la materia adeudada para reflexionar sobre el significado de lo que han logrado. Voy a usar una de estas pesadillas.

Estás soñando que estás en este mismo salón. Está por comenzar tu ceremonia de graduación. En el aire cuelgan unas velas como en el comedor del Hogwarts de Harry Potter y el decano luce una capa verde brillante. El locutor anuncia la entrada de la bandera de ceremonias. La puerta del fondo se

abre con estrépito, pero en lugar de los abanderados aparece como una exhalación una funcionaria del Departamento de Alumnos que corre hasta el centro de la sala y dice: “Señor Decano, ha habido un error, a estos alumnos, y subraya la palabra alumnos, les falta dar el examen de graduación”. Un murmullo de incredulidad y preocupación recorre toda la sala y sentís que tu corazón se detiene.

El Decano toma decisiones rápidas y como por arte de magia han aparecido unas puertas a los costados de la sala. En la primera te recibe una niña de 10 años que se presenta como Bibiana, de la Cordillera del norte de Neuquén. Su familia cría cabras y ovejas de manera trashumante, en invierno en el valle, más protegido, y en verano en las alturas, más frescas y húmedas. Las llaman “veranadas”. Sus ojos son grandes como de asombro, sus mejillas son rojas, curtidas por el frío y el viento patagónicos, y lleva dos colitas de pelo bien negro.

“Yo voy a ser tu examinadora”, te dice. ¿Por qué vos?, preguntás. “Yo voy a ser la que haya pagado tus estudios”. Pero pensé que era el tesoro nacional, con lo que recaudaba de impuestos... “No, no es así, cada alumno es asignado al azar entre los contribuyentes. Me llegó una carta hace unos años. Me dijeron que me irían sacando de a poco y al final lo tuyo lo terminaré pagando todo yo”.

Abre la puerta, que da a un cuarto con una mesa sobre la que hay varios sobres. Bibiana toma uno, saca una tarjeta y te la lee: “¿Cómo sería el mundo si los profesionales buscaran siempre la verdad y no la conveniencia?” No esperabas esa pregunta, por supuesto. Pero te sorprende escuchar tu voz diciendo con solvencia: Esa pregunta me lleva al concepto de honestidad intelectual, algo esencial que todo graduado universitario debería apreciar. Como dice Guening en su artículo de 2005, la honestidad intelectual es una actitud, una predisposición a evitar engañar cuando haya un incentivo para engañar.

Bibiana levanta una ceja que te hace pensar que te está yendo bien en el examen. Y repetís con confianza: una predisposición a evitar engañar cuando haya un incentivo para engañar. Sos intelectualmente honesto cuando las creencias personales no interfieren en la búsqueda de la verdad. Solo la verdad te interesa, independientemente de sus consecuencias. No omitís premeditadamente los datos relevantes. Tratás la información sin tergiversarla en función de tus intereses. El mundo sería mucho mejor si los profesionales fueran intelectualmente honestos.

Bibiana devuelve el sobre a la mesa y te toma de la mano para salir del cuarto y llevarte a la siguiente puerta. Si sus mejillas estaban curtidas, sus manos te sorprenden por su firmeza. Parecen tener decenas de años más que las de tu sobrina de la misma edad. La seguridad que te dio tu respuesta a la primera pregunta te ha relajado y te da tiempo para mirar alrededor de la sala. El público parece esperar con paciencia que todos los alumnos tomen el examen.

Segunda puerta y Bibiana ya tiene otra tarjeta en sus manos. Leyéndola te pregunta: “¿Cuándo vas a empezar a producir buenas cosas?” Te convencés que este no es un examen normal. Y te vuelve a sorprender tu respuesta: Tengo tanto por aprender antes, debo encontrarme a mí mismo, vivir un

poco la vida, viajar, no sé... Una sombra recorre el rostro de Bibiana y te das cuenta que fallaste la pregunta 2.

Da vuelta la tarjeta y te lee: "Describe a Darwin". ¡Por fin una pregunta normal!, pensás. Recuperando el aplomo declamás: Darwin era un señor muy mayor, canoso, con una larga barba, con una mirada que transmitía una enorme experiencia.

Bibiana pone cara de comprenderte y te dice: Esa es la imagen que todos tienen. Pero pocos saben que tenía 22 años cuando se embarcó en el Beagle en un viaje alrededor del mundo. Fueron casi cinco años, de los cuales pasó tres y medio en tierra, tomando muestras y observando la naturaleza. Con el Beagle, Darwin dio una vuelta al mundo, para dar vuelta al mundo, literalmente. Ponerlo patas para arriba. Cambiar todo lo que pensábamos sobre la vida y producir la mayor revolución científica que haya conocido la humanidad. 22 años. ¿Te suena familiar?

Tenemos la mala costumbre de pensar que hay que llegar a viejo para ser sabio. Y no es solo culpa nuestra. Fijate cómo se lo reconoce a Einstein, las canas despeinadas, un anciano con cara de loco simpático. Sin embargo, pocos tienen presente que cuando cumplió 26 años publicó cuatro artículos que establecerían los fundamentos de la Física moderna y sacudirían nuestra comprensión del espacio, el tiempo y la materia. Tal fue el efecto de esos artículos que los biógrafos llaman a ese año "Annus Mirabilis", el año de las maravillas. La famosa ecuación $E=mc^2$ no es del viejito canoso sino de un señor de 26 años. Ya estás parado sobre hombros de gigantes, dice Bibiana, ya podés hacer cosas gigantes.

Tercera puerta y Bibiana no saca una tarjeta sino que con una actitud casi maternal te pregunta: "¿A qué le tenés más miedo?" Respondés con el alivio de haber encontrado alguien con quien confesarte: Le temo a mi falta de experiencia, siento que la facultad me ha enseñado mucha teoría, pero cuando salga a trabajar me faltará práctica. Bibiana, con un tono más comprensivo aun, te dice, vas a estar bien, eso no tiene que preocuparte. La facultad te preparó para que seas una máquina de ganar experiencia. En muy poco tiempo absorberás lo que a otros les llevaría 100 años.

El juicio crítico es una de las habilidades más fuertes que la facultad te ha dado. Verás un caso tras otro y comenzarás a analizarlos de manera crítica. No te dejarás llevar por falsas impresiones, por aparentes relaciones causa-efecto que no son tales. Obtendrás de la experiencia una comprensión mucho más profunda que la de quienes de ella solo obtienen experiencia.

Y al fin y al cabo, los problemas que requieren del práctico para ser solucionados no son problemas tan desafiantes. Si un problema se soluciona con la práctica es un problema repetido, de solución conocida. Cuando las cosas se ponen realmente complicadas, cuando el problema no tiene una solución obvia, se necesita a la persona impráctica, a la teórica, la que puede pensar con rigor y creatividad, la que con juicio crítico y honestidad intelectual puede analizar toda la evidencia, predecir el resultado de las posibles soluciones y diseñar las observaciones para medir y evaluar los resultados.

Bibiana nota que tu preocupación persiste. Toma un papel de la mesa y garabatea unas palabras. Lo guarda en un sobre, lo desliza en el bolsillo de tu saco y sigue dando cátedra mientras te acompaña afuera del cuarto. Solo una ínfima parte de lo que aprendiste en la facultad fue conocimiento originado en la Argentina. Los hombros de gigantes sobre los que estás parado son universales. Eso es lo que te ayudará a solucionar problemas locales, aunque te parezca extraño. Seguí estudiando y leyendo lo universal. Puede ser que el problema local que enfrentes sea único y novedoso para ese lugar, pero seguramente te pueda servir lo que otros hayan estudiado en lugares distantes o en sistemas diferentes.

¿O acaso solo lees novelas locales? Si lo local fuera tan excluyente, ¿cómo se explica que nos emocionemos hasta las lágrimas con la muerte de Jean Valjean, de Los Miserables, o sintamos pena por Rodia Romanovich, el despiadado asesino, de Crimen y Castigo? Un francés y un ruso de más de cien años atrás nos hacen sentir lo que sentimos acá hoy. Leyendo la historia de estos personajes incorporamos experiencias de vida que nunca habríamos experimentado de otra manera y nos sirven para desenvolvemos en el mundo de las relaciones humanas. De la misma manera, manteniéndote en contacto con el conocimiento universal de tu profesión adquirirás la experiencia necesaria para solucionar los problemas locales.

Bibiana te lleva a la cuarta puerta y ves que hay muchas otras más. Te invade el agobio. Pero suena un teléfono que nadie atiende y te das cuenta que tu despertador está sonando. Te incorporás en tu cama y ves que en la pared cuelga tu diploma, bien enmarcado. La pesadilla ha terminado. Salís de tu casa rumbo al trabajo. Te sorprende el frío de la mañana y metés las manos en tus bolsillos. Encontrás un sobre con una tarjeta que ayer no estaba allí. El sobre huele a aire patagónico, cabras, veranada. La tarjeta tiene unas frases entre comillas escritas con la caligrafía de la niña de 10 años que pagó tus estudios:

Nuestro miedo más profundo no es que seamos inadecuados.

Nuestro miedo más profundo es que somos poderosos sin límite.

Es nuestra luz, no la oscuridad lo que más nos asusta.

Nos preguntamos: ¿quién soy yo para ser brillante, precioso, talentoso y fabuloso?

En realidad, ¿quién eres tú para no serlo?

Guardás la tarjeta y sobre hombros de gigantes encarás otro día en el que deberás dar el examen de la materia adeudada.

Martín Oesterheld